

## **LES HE RECUPERADO PARA SIEMPRE**

Una tarde de viernes salí de compras con una gran amiga; ella y yo coincidimos sólo en algunos poquísimos puntos de nuestra filosofía, sin embargo, nos apreciamos como amigas de toda una vida.

Me he explicado esta ironía gracias a la magia de la amistad y de un tiempo acá he comprendido que también nos une esas particularidades que viven dentro de nosotras, las mujeres, y que de alguna forma hacen que coincidamos aunque parezcamos tan distintas en algunos casos.

Esta vez yo quería regalarme un vestido por haber concluido los dos primeros capítulos de mi tesis, los que me ha costado más fuerza de voluntad que horas escribiéndolos; así que merecía un premio por tan determinante esfuerzo.

Mi amiga quien a menudo está dispuesta a comprar lo que quiere así no lo necesite, pues vive dentro de sí una vocecita que le pide a gritos que continúe comprando; esta vez ella sólo quería acompañarme. Sin embargo, aquella vocecita habló con todas sus fuerzas y antes de visitar la primera tienda, ella estaba en un stand, ubicado en medio de dos pasillos frente al elevador principal, un buen lugar para dos judías que tienen tanta experiencia en vender como mi amiga en comprar.

Caminábamos juntas pero de pronto había desaparecido; retrocedí algunos pasos y mi mirada la encontró sentada en un banco alto mientras una de las israelitas limpiaba su rostro con un suave algodón en tanto la otra caminaba hacia mí, llamándome por mi nombre.

Allí estuvimos por hora y quince minutos probándonos uno y otro color de llamativas sombras; uno y otro maquillaje y la crema humectante para el rostro que siempre quisimos tener. Cada cosa que nos probamos era perfecta y mi desconfianza del comienzo desapareció desde las sombras violeta con champán que ellas aplicaron en mis párpados.

Mi amiga compró cuanto la vocecita en su interior quiso que comprase, y yo sólo lo que puede, lo que me era más importante y a la vez el maquillaje más costoso por el que nunca había imaginado dar tanto dinero; pero partimos de allí con una profunda satisfacción de haber hecho lo correcto.

Nuestra imagen delicadamente maquillada frente aquel espejo redondo nos recordaba que no habíamos gastado nuestro dinero, lo habíamos invertido de forma perfecta en nuestro rostro.

La tarde continuó esplendida mientras mi regalo se convirtió en los dos preciosos vestidos que decidí llevarme a casa.

De regreso, frente al espejo cuadrado de mi cuarto, use un par de pedacitos de algodón para desmaquillar mi rostro, y antes de aplicar la crema humectante, mire fijamente mi reflejo y comprendí que no era el maquillaje de 45 dólares lo que hacía mi rostro tan perfecto aquella tarde, sino el brillo de mis ojos.

Después de tantas circunstancias había aprendido a aceptarme frente al espejo con o sin maquillaje; sabía quién era.

Tan natural como en aquel instante, ahora me amaba con mis pecas y las manchas que el pasado me había estampado, también con los recuerdos de mis pérdidas; ahora me amaba con lo que antes me rechazaba, cuando le repetía a mi alma la mentira que me había creído, le mentía diciéndole que yo no era correcta y cuando ella intentaba decirme lo contrario, yo me marchaba y la dejaba sola sumergida en un profundo silencio.

Mi regalo distaba mucho del vestido azul turquesa y del amarillo. En realidad mi determinante esfuerzo no se reducía a dos capítulos concluidos de una tesis, se trataba mi decisión por escribir una nueva historia, la historia de mi vida.

Me había regalado el ser consciente de la belleza de mi alma y de mi rostro. De lo maravilloso de mi ser y de saber que siempre me tendré conmigo misma, consciente de mi humanidad pero amándome tan humana, tan falible, y tan maravillosa como soy.

Ni el paso de los años, ni ninguna circunstancia adversa podrá robarse el brillo de mis ojos, porque a él y a mi sonrisa les he recuperado para siempre.

Lilimar.